

Misión y universidad: ¿qué futuro queremos?

1. El momento actual de ESADE

Es para mí una gran satisfacción estar hoy en ESADE y en Barcelona. Como quizás algunos sabréis, pasé aquí algunos años de mi infancia, antes de ser jesuita. Aprendí el catalán, una lengua que a pesar de los años transcurridos continúo hablando, aunque no la domine totalmente. Fue el comienzo de una vida en la que he sido invitado a sumergirme en diversas culturas: la japonesa, ciertamente, y también el conjunto de culturas del Asia oriental. Estas sucesivas “inmersiones” me han hecho vivir la inmensa riqueza humana de las diversas culturas y me han hecho sentir el deseo de no menospreciar nada y aprender de todos. Como digo, es para mí una gran satisfacción volver a Catalunya, donde empezó este largo itinerario.

Es también una gran satisfacción estar en este lugar, en ESADE. Se dice de los jesuitas que nuestra misión nos lleva a las “fronteras”, a los lugares donde se debate y se trabaja prácticamente por resolver los grandes problemas de la humanidad: salir de la pobreza y progresar en el desarrollo humano, organizar la convivencia bajo criterios de solidaridad, justicia y respeto mutuo, buscar prácticamente los valores que humanizan a las personas y a las sociedades.

Pues bien, ESADE es claramente un lugar de frontera: por esto, aquí me siento realmente “en casa”. En primer lugar, ESADE es un lugar cada vez más internacional: profesores y alumnos de todo el mundo vienen aquí a enseñar y a aprender superando barreras culturales y sociales. Además, en una sociedad de organizaciones, el derecho y la dirección de empresas son decisivos para organizar un mundo más humano. En vuestra investigación y docencia, se discuten cuáles son los grandes valores que deberían presidir un desarrollo al servicio del ser humano concreto. Y, finalmente, el empeño de ESADEFORUM por ser una plataforma de diálogo y de influencia pública en temas importantes para la sociedad os sitúa igualmente en una zona de encrucijada. Estáis – estamos– trabajando en una frontera decisiva.

He dicho “estáis”, pero inmediatamente lo he corregido por “estamos”, porque en ESADE trabajamos juntos laicos y jesuitas, creyentes y no creyentes, que compartimos los valores expresados en la misión de ESADE y en la Declaración de valores que habéis aprobado y publicado recientemente. Ésta es también una situación de frontera: en vuestros 50 años de historia, habéis construido una convivencia que ha superado antiguas barreras, que tanto daño han hecho en España y en el mundo entero. En ESADE, el pluralismo, también el religioso, ha sido ocasión de una convivencia muy fructífera en torno a valores compartidos, en un clima de libertad, tolerancia y respeto mutuo.

Además, ESADE forma parte de la Universidad Ramon Llull, y en esta pertenencia se da también una frontera: la universidad se reconoce “de inspiración cristiana” y acoge una pluralidad de centros nacidos de diversas iniciativas religiosas y laicas. Ni ESADE ni los jesuitas tenemos en ella la última

palabra, y así se muestra nuestra común vocación de servicio, sin pretensión de poder.

Quisiera aprovechar este momento para hacer un inciso y felicitar al Instituto Católico de Artes e Industrias (ICAI), un centro de la Compañía de Jesús que este año celebra su centenario. Desde su fundación, en 1908, ha buscado promocionar mediante la educación a las clases menos favorecidas y posibilitar que la mayoría de la población tenga acceso a una buena formación técnica. Aquel primer ICAI se ha convertido en Escuela de Ingenieros y alberga también ICADE, ambas instituciones pertenecientes a la Universidad de Comillas, cuyo rector tenemos hoy entre nosotros: ¡Felicidades!

También ESADE se encuentra en un momento importante de su historia: os he de felicitar por estos 50 años que habéis cumplido y que estamos celebrando. A esta felicitación cabe añadir el reconocimiento del gran esfuerzo que lleváis a cabo para orientar la institución en varias líneas decisivas, todas ellas necesarias en una buena universidad y, especialmente, en una universidad vinculada a la Compañía de Jesús.

En primer lugar, impulsáis un intenso proceso de internacionalización: profesores, personal y alumnos de todos los programas provienen, cada vez más, de países muy diversos. Tenéis una presencia institucional en Argentina y puntual en muchos lugares de Asia y, de manera incipiente, en África. En la era de Internet y de los transportes rápidos, la internacionalización es, sin duda, una necesidad de supervivencia y desarrollo para un centro universitario, pero es también una llamada que todas las universidades vinculadas a la Compañía de Jesús deben atender para aunar los recursos mundiales al servicio del desarrollo humano y para promover un diálogo profundo entre culturas. En este sentido, creo que la internacionalización no debería consagrar el dominio de una cultura sobre las demás: al contrario, debería dar a todas las culturas la oportunidad de incidir, desde sus propios valores, en la construcción de un corpus de saberes que estuviera al servicio de un desarrollo humano enraizado en lo concreto y universal.

Para estar presentes en la arena internacional, habéis tenido que realizar –y estáis realizando– un gran esfuerzo en el campo de la investigación. Y esto os sitúa también en una frontera o, tal vez mejor, en una encrucijada. Porque la lógica espontánea de un centro universitario es investigar aquello para lo que puede obtener recursos. En esta lógica, puede suceder que se investiguen cosas útiles pero sólo para ciertos grupos sociales o que la investigación inmediatamente práctica pase por delante de la que aborda problemas fundamentales de la economía, las empresas y la justicia. La creación de institutos de investigación especializados en la innovación social y en las administraciones públicas muestra vuestro empeño por detectar los problemas clave de la gobernanza de un mundo complejo. En definitiva, para ser coherentes con los valores proclamados, no podéis ver en la investigación sólo un instrumento de prestigio y de supervivencia, sino sobre todo el trabajo que permite decir una palabra autorizada en los foros y debates realmente importantes del mundo económico y jurídico: los que repercuten en el desarrollo humano para todos.

En el terreno educativo, el cincuenta aniversario os ha traído un “regalo” difícil: la puesta en marcha del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES). Como señalaré más adelante, la enseñanza jesuita a todos los niveles ha querido ser útil y práctica: se ha preocupado siempre por centrarse en el alumno, en su desarrollo integral. En este sentido, la nueva orientación de la enseñanza universitaria en Europa puede ser una buena ocasión para avanzar y profundizar en una pedagogía integral e integrada, orientada de modo personalizado al alumno. Ello requiere, sin duda, un gran esfuerzo de creatividad y de cambio, que puede dar resultados muy positivos en vuestros alumnos. Pero la implantación del EEES se sitúa también en una frontera, porque el trabajo de aprendizaje de competencias puede estar orientado solamente a satisfacer las necesidades inmediatas del mercado, o bien puede proponerse también alcanzar un desarrollo integral e integrado de los alumnos, en función de un concepto de persona capaz de enfrentarse a las necesidades profundas de la sociedad actual. Al fin y al cabo, como decía mi antecesor, el P. Kolvenbach, el éxito de un centro educativo se debe medir por lo que sus alumnos llegan a ser una vez lo han abandonado. En este sentido, la nueva orientación docente puede ayudar a estos alumnos de un modo más profundo y personalizado, para que lleguen a ser personas de calidad humana, ciudadanos comprometidos y grandes profesionales.

Como decía al principio, ESADE es un centro de encrucijada y de frontera. Por ello, los jesuitas nos sentimos a gusto aquí: es un buen lugar para nuestra misión. Y, a la vez, nos sentimos corresponsables, con todos vosotros, de orientar correctamente la capacidad de incidencia en la sociedad que tiene ESADE.

Como dice el lema que ha presidido la celebración de vuestro 50 aniversario, queréis “inspirar futuros”, y creo sinceramente que tenéis la capacidad de hacerlo. La pregunta inevitable es: ¿Qué tipo de futuro queréis inspirar? Quisiera reflexionar con vosotros sobre este punto.

2. “Inspirando futuros”

En efecto, “Inspirando futuros” es un lema que, según me han explicado, fue elegido por una gran mayoría entre otras propuestas. Me parece un lema afortunado y, valga la redundancia, “inspirador”.

La palabra *inspirar* tiene la misma raíz que *espíritu*, que originariamente significa “viento, aliento”. Pero en nuestro mundo existen muchos “espíritus”, es decir, muchos valores, a veces contradictorios. Max Weber habló del “espíritu” del capitalismo y hoy día muchos hablan de un espíritu del neoliberalismo. De hecho, las escuelas de negocios y las facultades de derecho pueden escoger entre muchos espíritus. Si queremos “inspirar futuros”, ¿qué “espíritu”, qué viento queremos que hinche nuestras velas? ¿Qué valores queremos que configuren el futuro?

Permitidme, todavía, alguna pregunta más. Un antiguo refrán dice que “nadie da lo que no tiene”. Si queréis “inspirar futuros”, ¿supone esto que queréis trabajar vuestro “espíritu” para poder comunicarlo? Pero “espíritu” es una palabra polisémica, con múltiples significados, pues en nuestro mundo coexisten y, a veces, se enfrentan “espíritus”, es decir, valores muy diferentes e incluso opuestos. ¿Qué espíritu queréis cultivar? ¿Y a quién queréis inspirar?

Afortunadamente, el “espíritu” y la espiritualidad van dejando de ser patrimonio exclusivo de las religiones y de los creyentes. Muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo, alejados por múltiples motivos de las grandes tradiciones religiosas, no renuncian por ello a cultivar su espíritu. Estamos en un mundo plural y cambiante y, por tanto, la definición del espíritu es difícil de precisar. Pero parece que los distintos itinerarios confluyen en algunos puntos fuertes: el cultivo de una sensibilidad humana profunda que dé, a la vez, empatía y capacidad de discernimiento; la salida de la perspectiva espontáneamente egocéntrica con la que nos situamos ante las personas y ante toda realidad; la búsqueda de una manera de ver y vivir el mundo de una manera pacificada, *compasiva y solidaria*. Trabajar el espíritu puede significar también “desarrollar calidad humana”. En todo caso, la persona “espiritual” es la que busca, discierne e intenta dar cuerpo a las grandes opciones de la vida, desde una gran libertad inspirada en el amor.

La palabra *espíritu* está llena de sugerencias simbólicas. En la Biblia, el espíritu es el viento que empuja con fuerza y cuya dirección no puede encasillarse en unas reglas dadas de antemano. En la escena de Pentecostés, el Espíritu Santo es “viento” y también “fuego” que transforma a las personas: el resultado es que los amigos de Jesús vencen el miedo, salen a la calle y predicán con convencimiento y libertad el mensaje sorprendente de su amigo y maestro. Sintomáticamente, los jesuitas, en nuestra última Congregación General, hemos elegido esta metáfora del fuego (y del Espíritu) como símbolo que resume lo que sentimos que es nuestra misión: “ser un fuego que enciende otros fuegos”, es decir, que “inspira”. “Inspirar” es todo lo contrario de coaccionar, imponer o adoctrinar. Es sugerir, apelando a lo mejor que el otro lleva dentro. Es invitar en el diálogo al desarrollo autónomo de cada uno.

En un mundo en el que los fundamentalismos de todo tipo, religiosos e ideológicos, dividen, enfrentan y llegan a justificar la violencia, el verdadero Espíritu pone en marcha procesos de diálogo respetuoso. La espiritualidad, es decir, el cultivo del espíritu, es el mejor suelo en el que puede enraizar la semilla del diálogo intercultural e interreligioso, que es un elemento decisivo de un futuro económico y político más libre, justo y pacífico.

Los jesuitas somos creyentes que, reconociéndonos imperfectos y egoístas, nos sentimos llamados a ser compañeros de Jesús, como lo fue san Ignacio (CG32, d. 2, n. 1). Esto quiere decir que nosotros deseamos ser movidos por el Espíritu de Jesús: su manera de ser, su talante, sus valores, sus preferencias. Lo decimos con mucha humildad, porque es una pretensión desmesurada. En todo caso, para nosotros, es una llamada y un regalo que provoca nuestro agradecimiento y motiva nuestra respuesta, que deseamos total e incondicionada.

Esta aspiración está marcada por una búsqueda, por un discernimiento. San Ignacio, que vivió en la frontera cultural de la Edad Media con el Renacimiento y de la Iglesia Romana frente a la Reforma, tuvo que enfrentarse a la necesidad de discernir, entre los muchos “espíritus” de su tiempo, para decidir por cuál quería dejarse “inspirar”.

Tal vez, pues, los jesuitas y nuestra tradición podemos colaborar en esta identificación del espíritu que queremos que configure la práctica educativa de las universidades vinculadas a la Compañía de Jesús.

En este sentido, Diego de Ledesma, profesor jesuita y rector del Colegio Romano (hoy Universidad Gregoriana de Roma), aducía en el siglo XVI cuatro razones para que los jesuitas trabajaran en instituciones educativas.

“Lo primero, porque proveen a la gente con muchas ventajas para la vida práctica; en segundo lugar, porque contribuyen al correcto gobierno de los asuntos públicos y a la apropiada formulación de las leyes; en tercer lugar, porque dan decoro, esplendor y perfección a nuestra naturaleza racional, y, en cuarto lugar, que es de suma importancia, porque son la defensa de la religión y nos guían con gran seguridad y facilidad en la consecución de nuestro fin último.”

Estas cuatro razones han sido interpretadas y desarrolladas por mi predecesor, el P. Kolvenbach, como cuatro finalidades últimas de la educación de los jesuitas. En forma condensada, el P. Kolvenbach las nombraba por sus nombres latinos: la *utilitas*, la *iustitia*, la *humanitas* y la *fides* (utilidad, justicia, humanidad y fe).

La reflexión sobre estas cuatro dimensiones constituye un núcleo fundamental del pensamiento universitario del P. Kolvenbach, que yo asumo como una de las características de la universidad jesuita. Quisiera ahora reflexionar con vosotros de qué manera estas cuatro dimensiones pueden definir el “espíritu” que queréis “inspirar” en los “futuros” del mundo.

3. Inspirando futuros con un espíritu de *utilitas*, *iustitia*, *humanitas* y *fides*

a. Un espíritu “útil”

El espíritu que inspira futuros es, en primer lugar, un espíritu “útil”. Un espíritu que quiere resolver los problemas y atender a las necesidades de las personas concretas, especialmente de los más pobres.

La educación jesuita ha querido ser siempre una educación orientada a la práctica, tanto en la investigación como en la docencia. Pero la utilidad y el sentido práctico no pueden ser cortos de miras. La investigación, como antes he subrayado, ha de pretender no sólo resolver los problemas del corto plazo sino también colaborar a la solución de los grandes problemas que afectan

actualmente a la humanidad: el desarrollo sostenible y justo, la convivencia intercultural, los valores que dan sentido a la acción transformadora de la sociedad.

La docencia realmente práctica ha de orientarse a la formación de buenos profesionales que, siendo técnicamente competentes, sepan descubrir y vivir el sentido social de toda profesión: el servicio experto a la sociedad en un campo concreto. En el caso de ESADE, estáis trabajando en los campos de la dirección de organizaciones y en el derecho. Una profesionalidad que no sólo se adapta al mundo tal como es, sino que “aspira” (palabra que alude también al espíritu) a transformarlo, haciéndolo más humano.

El espíritu de la *utilitas* es un espíritu que engendra profesionales conscientes de la diversidad de riquezas que puede producir el ejercicio de una profesión: riqueza económica; satisfacción ecológicamente sostenible de necesidades vitales, y también sentido de la existencia y construcción de una comunidad humana más respetuosa de la dignidad humana. Esta conciencia de las múltiples repercusiones que el ejercicio profesional tiene en la sociedad hace al profesional necesariamente humilde, le abre al trabajo en equipo y, finalmente, le proyecta a consensuar decisiones, a actuar. Se trata de decisiones insertas en contextos complejos y difíciles: porque las encrucijadas y las fronteras se nos acercan y se multiplican a nuestro alrededor.

Y, en medio de esta complejidad, puede abrirse paso una sencilla forma de *utilitas*, que es el servicio. Formar personas en la *utilitas*, formar personas “útiles”, es quizás formar servidores. No formar a los mejores *del* mundo, sino formar a los mejores *para* el mundo. En consecuencia, la excelencia de un profesional se mide, ante todo, con el parámetro del mayor servicio a la familia humana.

Tal vez esta descripción del profesional parezca muy idealizada y poco “práctica”. Pero, ¿es realmente “útil” a la sociedad el profesional que sólo busca los bienes externos de la profesión: la recompensa económica, el prestigio y el poder? ¿Acaso la sociedad no necesita este otro tipo de profesionales? ¿No son los realmente “útiles”?

Pero formar profesionales de este tipo no es posible si no se cultiva en ellos también el “espíritu” de la justicia y el de la humanidad.

b. *Un espíritu de “justicia”*

El espíritu inspirador de futuros es, en segundo lugar, un espíritu de justicia. La promoción de la justicia es una dimensión de la misión de los jesuitas que se explicitó especialmente a partir de la 32.^a Congregación General: un encuentro de responsables jesuitas que tuvo lugar en Roma en 1975 y que marcó profundamente nuestra identidad y nuestra misión. Las congregaciones generales posteriores han confirmado una y otra vez esta opción por la justicia como exigencia de nuestra espiritualidad.

Lo que se ha dicho en estas congregaciones generales es que nuestra fe es fe en el Dios de Jesús que quiere el bien de todos los hombres y mujeres del mundo, y que sólo podemos decir que la vivimos si nuestro amor a las personas concretas nos lleva a defender sus derechos, es decir, a promover una sociedad más justa. Este sencillo descubrimiento ha cambiado nuestra perspectiva: nos ha acostumbrado a mirar el mundo desde la perspectiva de los pobres, de los que sufren la injusticia. Por esto, nuestra opción por la justicia es también una opción preferencial por los pobres.

Estas opciones han significado una gran transformación para la Compañía de Jesús. Una transformación a veces difícil. Vosotros sois expertos en organización y sabéis que las transformaciones de la “cultura organizativa” no se hacen sin dificultades ni tensiones. Pero, actualmente, es un cambio asumido, aunque somos conscientes de que hemos de renovarlo cada día, porque el mundo en el que vivimos no ayuda a mantener esta opción.

En todo caso, los jesuitas no podemos olvidar que el compromiso con la justicia ha tenido consecuencias dolorosas para nosotros, entre ellas el derramamiento de sangre de compañeros jesuitas y de muchos amigos nuestros. Por ello, estamos convencidos de que ninguna de las instituciones vinculadas a la Compañía de Jesús ha de permanecer ajena a dicho compromiso: tampoco las universidades, incluidas las facultades de derecho y las escuelas de negocios.

La raíz económica de la injusta desigualdad que divide dramáticamente el mundo es evidente, aunque no es la única. Y es también evidente el papel que las empresas y el derecho juegan tanto en la creación de situaciones injustas como en la promoción de un desarrollo económico justo y sostenible. Por ello, es responsabilidad de un centro como ESADE no separar la creación de riqueza de su justa distribución. Se trata de superar la división del saber que permite despreocuparse de la repercusión social y humana del funcionamiento de las empresas en el mercado. Hoy en día, las grandes empresas hablan de “responsabilidad social”. La responsabilidad social más importante de un centro universitario como ESADE es ser promotor de justicia, a todos los niveles: en las relaciones individuales, en las organizaciones y también en las sociedades donde opera, con una visión a la vez local y global. Una justicia, que, como han subrayado nuestras últimas congregaciones generales, ha de integrar nuevas dimensiones: la sostenibilidad en forma de justicia medioambiental, la dimensión de género y la convivencia humana en un mundo multicultural.

Un centro universitario ha de promover la justicia en todas sus actividades. Por supuesto, en su organización interna y con sus propios *stakeholders*. En la investigación sobre los grandes problemas de la humanidad, como ya he señalado. En su trabajo de catalizador e impulsor de ideas y proyectos que cambian la sociedad hacia una mayor justicia. En la docencia, promoviendo la sensibilización de los estudiantes. Como decía el P. Kolvenbach, los centros universitarios han de hacer posible que los estudiantes,

“a lo largo de su formación [...] dejen entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a

comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar a favor de los derechos de los demás, especialmente de los más desaventajados”.¹

Los estudiantes no sólo necesitan sensibilización, sino también rigor académico, para enfocar correctamente las cuestiones sociales a lo largo de su vida profesional futura. Como también decía el P. Kolvenbach, necesitan “solidaridad bien informada”.

En este sentido, el espíritu de justicia está ya actuando en ESADE. Este espíritu invita a la estrecha colaboración entre la Escuela de Management en todos sus programas, la Facultad de Derecho y el Executive Language Center. Requiere también el trabajo conjunto de organizaciones de diversa índole: empresas, administraciones públicas y ONG. Y nos lleva finalmente al impulso de redes globales (entre ellas, la red de escuelas de management jesuitas y la red de facultades de derecho jesuitas), que puedan dar respuestas adecuadas a retos cada día más planetarios.

c. Un espíritu humanista

Tal como hemos citado, en el siglo XVI Diego de Ledesma se refería a la *humanitas* como aquel atributo que “da decoro, esplendor y perfección a nuestra naturaleza racional”.

Los jesuitas tenemos una visión esperanzada (no siempre optimista) del ser humano porque creemos firmemente en “la misericordia de Dios y su amor al hombre” (Carta de San Pablo a Tito, 3,4; texto de la Misa de Navidad). La última Congregación General dice que nuestro modo de proceder es “descubrir las huellas de Dios en todas partes, sabiendo que el Espíritu de Cristo está activo en todos los lugares y situaciones y en todas las actividades y mediaciones que intentan hacerle más presente en el mundo” (“Un fuego que enciende otros fuegos”, CG 35, d. 2, n. 8). Somos invitados a ser conscientes de la acción de Dios en lugares y personas en los que nunca hubiéramos pensado, a descubrirle “interesado por todas las zonas áridas de su mundo” (*ibid.* n. 12). Por todo ello, queremos ayudar al desarrollo integral de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Así, en nuestros centros universitarios, deseamos acoger al alumno en su concreta realidad. Alumnos y alumnas marcados, en el mundo occidental, por la cultura de las sociedades ricas y consumistas. Con dificultades para orientarse en la vida en las sociedades pluralistas e individualistas. Con todo el bagaje, positivo y negativo, de la postmodernidad. Queremos ayudar a estos alumnos a descubrir todas sus dimensiones, también las que con frecuencia son silenciadas en nuestra sociedad. El trabajo de la dimensión espiritual de la persona ha de ofrecerse en libertad en nuestros centros para que los que la acogen la puedan desarrollar.

¹ KOLVENBACH, *Discurso en la Universidad de Santa Clara*, n. 42.

El Espacio Europeo de Educación Superior orienta a las universidades a organizar el aprendizaje de los alumnos desarrollando sus competencias. Las competencias pueden estar orientadas solamente al mercado, pero pueden también ser comprendidas en el marco de un humanismo que las lleve a ser elementos de una formación integrada e integral de la persona humana.

En estos últimos tiempos, los jesuitas y los laicos implicados en la educación universitaria hablan de cuatro características de la persona humana íntegra e integral, a partir de cuatro cualidades que empiezan por la letra “C”. En efecto, el espíritu humanista genera personas *conscientes*, *competentes*, *compasivas* y *comprometidas*. Conscientes de sí mismas y del mundo en el que viven, con sus dramas, pero también con sus gozos y esperanzas. Competentes para afrontar los problemas técnicos, sociales y humanos a los que se enfrenta un profesional. Personas también movidas por una fuerte compasión. Esta palabra ha sido, con frecuencia, mal usada, aplicada a un sentimentalismo superficial que humilla a la persona a la que pretendidamente se quiere ayudar. Pero, en realidad, *com-pasión*, con un guión que separa las dos partes de la palabra, indica algo muy profundo y muy humano: la capacidad de sentir como propio el gozo y el dolor de los demás; la capacidad de ponerse en su piel; la capacidad de acompañarles y ayudarles desde dentro de la situación; la constatación de que el otro, cualquier otro, especialmente el otro que sufre, es mi hermano o mi hermana. Esta compasión es el motor a largo plazo que mueve al compromiso: la forma de amor en la que el ser humano no sólo da algo sino que se da a sí mismo a lo largo del tiempo.

En el fondo del espíritu humanista están la convicción y la experiencia de que los seres humanos podemos ser transformados a un nivel que va más allá de la moral y los buenos sentimientos al uso. Que podemos trabajar lo que algunos han denominado la “calidad humana”. Es difícil definirla, pero reconocemos fácilmente a las personas que la tienen. No es nada elitista y la encontramos con frecuencia en personas muy sencillas. En la Declaración de valores que habéis redactado, la habéis definido como una “combinación de conocimiento, criterio, sensibilidad, equilibrio y profundidad, que genera personas serenas, coherentes, fiables, capaces de encarnar –yo añadiría, “con apasionamiento”– los valores fundamentales que nos hacen más humanos”.

d. *Un espíritu de fe*

La última dimensión del espíritu, según la caracterización del jesuita Diego de Ledesma, es la *fides*. Resulta especialmente delicado hablar de la *fides*, de la fe. Es delicado porque, en la actualidad, en ESADE y en la mayoría de las universidades que están vinculadas a los jesuitas, una parte significativa del personal no docente y del profesorado no comparten plenamente nuestra fe. Puede parecer que hablar de la fe es hablar, otra vez, de lo que separa y divide. Y, sin embargo, creo que es necesario hablar de la fe. Porque los jesuitas somos creyentes y queremos poner las cartas sobre la mesa: decir claramente por qué sentimos como propia la misión que nos une a todos, y expresar también lo que, con una gran modestia, nos parece que podemos aportar desde nuestra experiencia.

Además, hablar de la fe resulta difícil porque, en este mundo donde caen las fronteras políticas, las religiones se convierten a veces en excusa para construir nuevas fronteras, para encerrarse en el miedo y para excluir a los diferentes.

La fe es una vivencia de difícil formulación y a la que quiero referirme “con temor y temblor”, porque otras formulaciones de esta vivencia generan, de hecho, inhumanidad y violencia.

Los jesuitas hemos escuchado la Buena Noticia que Jesús anunció: Dios está cerca de todo hombre y de toda mujer. Y cuando las personas se abren a esta cercanía amorosa, salen de sí mismas y miran a los demás y al mundo “de otra manera”: como hermanos y hermanas de todos, como creación de Dios. Nuestro Dios no es un dios guerrero, intransigente ni excluyente. Es, según dicen las parábolas de Jesús, como un padre que festeja alegremente la vuelta de su hijo, como un buen samaritano que ayuda concretamente a las víctimas de la violencia humana por los caminos del mundo.

No creemos que nuestra fe nos haga mejores que los demás. Porque creemos y experimentamos que somos débiles y frágiles. Y mis compañeros jesuitas de ESADE os muestran diariamente su debilidad y fragilidad. Sin embargo, la nuestra es una vivencia de gratuidad: lo mejor de lo que somos lo hemos recibido. Y sentimos que la fe nos ha ayudado a “crecer en humanidad”. Porque nos da confianza en que todo ser humano lleva en sí una potencialidad que le trasciende y que siempre puede desarrollarse y crecer. La fe nos hace salir de nosotros mismos y nos ayuda a amar desinteresadamente..., asumiendo pacientemente nuestros límites. Y, por ello, la fe nos invita a superar los miedos que son inherentes a nuestra condición humana: el miedo, al dolor, a la enfermedad, a la inseguridad, a la pobreza, a la soledad.

Este espíritu de fe nos impulsa a desarrollar paciente y apasionadamente la *utilitas*, la *iustitia* y la *humanitas*. La *utilitas* es también servicio a la Creación continua del mundo. La *iustitia* es acoger lo que Jesús llamaba “el Reino de Dios”: la llamada a transformar el mundo en favor de la solidaridad y la reconciliación. La *humanitas* es creer profundamente en el amor de Dios hacia el ser humano y en sus capacidades de trascendencia.

Por todo ello, los jesuitas estamos a gusto trabajando codo a codo con personas que comparten la pasión por la *utilitas*, la *iustitia* y la *humanitas*, aunque no compartan nuestra fe. Escuchamos la voz de Jesús, que decía que, cuando está en juego el bien de la humanidad, “el que no está contra vosotros, está de vuestra parte” (Lc 9,51). Porque el criterio de autenticidad de nuestra fe es el trabajo por el bien de los seres humanos.

Creemos que juntos podemos trabajar el “espíritu humano”. Esto significa trabajar nuestra capacidad de amar. Nuestra libertad profunda. La calidad de nuestras relaciones. Trabajar para que las personas, los colectivos y las sociedades sean más sensibles y maduros, más justos y solidarios.

4. Visión y compromisos

Cultivar, vivir y desarrollar estas cuatro dimensiones del espíritu no es tarea fácil. El contexto social y cultural en el que os movéis en Catalunya y en España plantea desafíos de otro orden, pero que hay que tener en cuenta.

En primer lugar, vivimos una cultura laica que, con frecuencia, es laicista, es decir, que relega la cuestión de la fe y de la religión al espacio estrictamente individual y privado. Pensamos que ESADE puede ser un buen “laboratorio experimental” en el que se viva una “laicidad positiva”, en el que las posiciones laicas y creyentes dialoguen públicamente, en pie de igualdad, sobre los grandes retos que la humanidad afronta actualmente.

Este diálogo público es necesario porque la realidad de ESADE (como la de todo el mundo occidental) es la convivencia de personas que definen de maneras muy diversas sus opciones fundamentales ante la vida. Por esto, creemos que es necesario explicitar qué significa trabajar juntos en la tarea universitaria. Hombres y mujeres, creyentes y no creyentes, creyentes de distintas confesiones religiosas colaboran en las universidades jesuitas de todo el mundo. Y lo hacen desde perspectivas diversas. Para unos, es un compromiso profesional. Otros se identifican a fondo con la misión compartida en los centros universitarios jesuitas (como UNIJES). Para otros, esta misión es vivida desde una experiencia creyente. En todo caso, lo importante es que nos sentimos comprometidos en una gran causa común: la formación universitaria de calidad, presidida por el “espíritu” de las cuatro dimensiones antes definidas.

La visión y la misión sirven de bien poco si no se concretan en proyectos estratégicos específicos y que puedan evaluarse. Por esto, es importante que los centros de UNIJES en España acompañen, en la medida de lo posible, sus objetivos, sus métodos y sus procesos de evaluación.

Finalmente, una reflexión que tiene en cuenta los tiempos posmodernos que vivimos. En un mundo complejo y cambiante, son muy importantes la flexibilidad, la capacidad de cambio y de innovación. Pero son importantes si están al servicio de metas de largo alcance y de compromisos serios, que superen las dificultades, los desánimos y las ofertas tentadoras que desvían del objetivo perseguido. La investigación y la docencia son tareas de largo alcance, que requieren compromisos duraderos.

5. Conclusiones

Permitidme expresar un deseo y una recomendación. En una sociedad sobrecargada de estímulos, la interioridad es importante y también lo es el trabajo del espíritu humano que nos abre al Espíritu con mayúsculas. Modestamente, los jesuitas creemos que podemos aportar algo en este campo. La espiritualidad ignaciana (que encuentra su raíz en la experiencia personal de san Ignacio, nuestro fundador) es un regalo que nos ha sido hecho y que los

jesuitas ofrecemos, convencidos de su valor para toda persona en búsqueda, en el mundo actual.

La historiadora Karen Armstrong escribió hace dos años el libro *La gran transformación*. Es un libro que me ha resultado muy sugerente. En él analiza el camino espiritual de cuatro culturas que produjeron, entre los siglos V y III antes de Cristo, un cambio de conciencia humana de tal envergadura que Kart Jaspers denominó este tiempo “la época axial”. Pues bien, Karen Armstrong cree descubrir en el camino espiritual de cinco siglos, que preparan el tiempo axial, la marcha trabajosa y de intensa búsqueda para encontrar la clave de cómo superar la violencia, la inhumanidad y el sufrimiento que nos infligimos los unos a los otros por medio de la injusticia, la exclusión, el prejuicio o la guerra.

Lo que resume las intuiciones del tiempo axial es la vuelta al camino interior. Esta intuición, compartida por Confucio, Lao-Tzu, Mencio, Buda, los místicos del Upanishad, la Bhagavad Gita, Jeremías, Ezequiel, Sócrates y Platón, emerge después de cuatro siglos de buscar soluciones externas, rituales, sustitutos del cambio radical de mentalidad y de corazón.

Desafortunadamente, estas intuiciones se pierden con la simbiosis manipuladora de lo religioso y lo político; con la manipulación de la búsqueda auténticamente religiosa y de la verdadera preocupación política por ideologías y otros intereses innombrables. Vuelve de nuevo con Jesús y Pablo, más tarde con Mohamed... y, creo yo, con Ignacio de Loyola.

Es mi deseo profundo que nosotros también podamos integrar este camino de vida interior y transformador con las otras preocupaciones académicas y sociales que están en la raíz del proyecto ESADE, y que dan forma histórica a las preocupaciones más profundas y concretas del espíritu religioso. La comunidad, la iglesia o la confesión concretas pueden ayudar a definir la identidad y la tradición; pero es el corazón abierto y transformado el que da cuerpo, en el trabajo, en la empresa, en la tecnología o en el gobierno, a la búsqueda multisecular de un mundo más justo, humano y fraterno, algo que Jesús anunció en términos del Reino de Dios.

Nosotros, los jesuitas, acabamos de pasar por la experiencia de una Congregación General (la 35.^a de nuestra historia). En ella, hemos tratado de reflexionar sobre nuestra identidad, nuestra misión, nuestra colaboración con otros, nuestra gestión de la planificación y el gobierno. Son muchos los retos que la Congregación General nos ha señalado. Y esperamos saber y poder afrontarlos. Aprovecho esta oportunidad de hablar ante tantos de vosotros que nos veis y acompañáis de cerca, que compartís nuestra visión y os preocupáis a veces de nuestra consistencia espiritual y de nuestro futuro, para pedir os ayuda. No me refiero sólo al apoyo que ya nos dais con vuestra dedicación total, inteligente y generosa, a las obras que llevamos adelante y que contribuyen a su buena dirección e incluso al éxito. Os pido ayuda para acompañarnos por el camino más profundo en fidelidad al camino interior recibido de san Ignacio. No temáis desafiarnos cuando nos veáis confusos en nuestra identidad religiosa o eclesial; no dudéis en corregirnos cuando nos

creamos mejores, demasiado dueños de lo que pertenece a todos; apoyad la visibilidad diaria y convincente de nuestra vida en el Espíritu; disuadidnos con decisión de todo lo que enturbie la visión y motivación de servir a la humanidad en la humildad de la investigación, la enseñanza y el trabajo, para hacer que nuestro mundo sea un poco mejor.

Permitidme que repita aquí lo que dije en mi última homilía al finalizar la Congregación General. Tanto la misión en la que estamos comprometidos, como nuestra herencia ignaciana, pertenecen a la Iglesia y a la humanidad. Todos los que participan de ambas son nuestros colaboradores. Y cuando otros van más allá que nosotros en corazón y espíritu, entonces somos nosotros sus colaboradores. Éste es el único terreno en el que es honesto competir para quienes tenemos a Cristo como Modelo y Maestro.

Además, por mucho que todos nosotros hayamos recibido una influencia especial de uno u otro profesor o maestro en nuestros años universitarios, todos sabemos que la verdadera educación es fruto del trabajo coordinado y complementario de todos. Una mayor universalidad –a eso se refiere la universidad– requiere una mayor colaboración y ofrece mayor riqueza de formación personal y social. El peligro del excesivo influjo de la globalización en una manera de vivir o de pensar ha de ser equilibrado con la solidaridad original y creativa de la universidad. Ésta, a través de muchas aportaciones y servicios, prepara a personas y grupos para una libertad verdaderamente responsable.

A la conclusión de esta larga exposición, deseo expresar una esperanza. La Congregación General nos ha dejado un mandato de revisión a fondo de nuestras estructuras de gobierno. No es tarea fácil, y nosotros no tenemos el tipo de conocimientos, de experiencia o de sabiduría para llevar a cabo este mandato. Es mi esperanza que podamos contar con vosotros para ello. He conocido el alto nivel académico de ESADE desde Asia (China y Filipinas) y espero que también desde más cerca, en Roma, podamos beneficiarnos de esta misma sabiduría en forma de asesoramiento, mientras nos acompañáis en las nuevas tareas de gobernar y planificar.

Es tiempo ya de concluir mis palabras, a fin de iniciar el diálogo con vosotros. Deseo, ante todo, dar las gracias a todos porque, con vuestro esfuerzo e ilusión diarios, estáis haciendo posible la formación de personas al servicio de los demás. Y, en segundo lugar, quiero transmitir os humildemente mi apoyo y mi oración para que continuéis con tenacidad esta sacrificada pero apasionante tarea.

Muchas gracias.